



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Vicente Serrano

Fraudebook y la Metafísica

Lo que el Metaverso Hará con Nuestras Vidas

Ediciones  UACH


Colección Biblioteca Jorge Millas

Esta primera edición en 500 ejemplares de

FRAUDEBOOK Y LA METAFÍSICA
Lo que el Metaverso Hará con Nuestras Vidas
de Vicente Serrano

se terminó de imprimir en septiembre de 2023
en los talleres de imprenta Larrea Marca Digital

 (56-2) 23272914
www.larreamarcadigital.cl
para Ediciones Universidad Austral de Chile

 (56-63) 2444338
www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile

Dirección editorial
Yanko González Cangas

Cuidado de la edición
César Altermatt Venegas

Diseño y maquetación
Silvia Valdés Fuentes

Todos los derechos reservados.
Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2023
© Vicente Serrano, 2022

ISBN: 978-956-390-234-1
110 Metafísica / QDTJ Filosofía: metafísica y ontología



Proyecto financiado por el
Fondo Nacional de Fomento del Libro
y la Lectura 2023

CONTENIDO

Fraudebook y la metafísica	9
Más allá Fraudebook	21
La comunidad vacía	35
El juego sin fin	53
La máquina metafísica	73
La fábrica del deseo	89
El confinamiento digital	99
El malestar más allá de la cultura	111
Bibliografía	125

FRAUDEBOOK Y LA METAFÍSICA

Pero Juanita ya no viene nunca al Sol Negro. En parte, porque está enfadada con David y los demás hackers que nunca llegaron a apreciar realmente su trabajo; pero además porque ha decidido que todo es falso, que, por bueno que sea, el Metaverso distorsiona la forma en que la gente se comunica, y ella no quiere tales distorsiones en sus relaciones.

El Metaverso es una estructura ficticia hecha de programas. Y los programas no son sino una forma del habla: una que los ordenadores pueden entender.

La nueva denominación de Facebook es todo un acierto. Zuckerberg cuenta brevemente en un video como llegó a ese término y su origen griego. Todos sabemos que *meta* en griego significa un *más allá*, un *después de*. Como tal se integra en la palabra metafísica para dar título a la obra de Aristóteles, uno de los más importantes libros de la cultura de Occidente y desde luego de la filosofía. El origen de ese título no está en la obra que lleva ese nombre y es un tanto accidental. Se sabe que fue un comentarista del siglo I antes de Cristo, de nombre Andrónico de Rodas, quien al ordenar las obras de Aristóteles lo denominó como *el libro que va después de la física* y a partir de ahí recibió ese nombre de metafísica. Pero ese dato, bien conocido por los profesionales de la filosofía, es desconocido por el gran público y la palabra *metafísica*, en su acepción más habitual, suele usarse de un modo un tanto vago para referirse a aquello que está más allá del mundo físico, por tanto, algo espiritual y como tal difícil e inaprensible. Se suele retroceder hasta Platón, el maestro de Aristóteles, para situar en su teoría de las ideas la primera expresión de eso que llamamos metafísica y que buscamos indagar en relación con el metaverso, lo que

contribuye además a identificarla con un mundo de las ideas que está más allá de nuestros sentidos. El filósofo español Javier Echeverría acude también a la obra de Platón para interpretar el mundo de las nuevas tecnologías del que nace el metaverso, y lo hace a partir de una original lectura del mito de la caverna platónico, renombrando, ahora en términos de *caverna electrónica*, lo que en sus primeras obras había llamado tercer entorno: una nueva caverna y que conviviría con la caverna física y con la caverna de la ciudad (2013, 21).

El diccionario de la Academia Española de la Lengua aporta varias acepciones en esa dirección. Así, en la segunda acepción se utiliza el término metafísica para referirse a aquello que es oscuro y difícil de comprender, y en la quinta y sexta acepciones remite a lo que se discute con demasiada sutileza. Ese es el sentido de metafísica, referido a algo oscuro y difícil, y sobre lo que se razona con sutileza, que ha sido sometido a crítica a lo largo de los siglos modernos hasta nuestros días y de modos muy diversos. La tradición empirista anglosajona primero, y luego Kant, rebajaron las pretensiones de cualquier conocimiento que no tuviera su base en la experiencia y en los procedimientos y resultados de lo que llamamos ciencia en el mundo moderno. Pero esa identificación con algo oscuro y difícil es también en gran medida la que suele hacer cualquier persona ajena a la filosofía, y es el sentido que nos interesa aquí. Se aproxima algo a la expresión usada ya por Cervantes en *El Quijote* en un diálogo entre Babieca y Rocinante: «metafísico estáis...». Ese uso por parte de Cervantes nos revela que esa aproximación en torno a la metafísica estaba ya asentada entre la gente común antes incluso de las críticas a la meta-

física a que acabo de referirme por parte de filósofos y científicos.

Sea o no difícil, lo cierto es que el contenido de la metafísica en sus orígenes, en Aristóteles, se puede comprender con relativa facilidad desde al menos tres aproximaciones que menciona el filósofo a lo largo de la obra, aun sin mencionar él mismo el término *metafísica*. La primera de ellas, recogida aún por la Academia, remite a la ciencia del ser, del ser en tanto que ser, noción que habrá que explicar brevemente y en la que está encerrada la clave de la supuesta oscuridad y dificultad del término metafísica y sobre la que ha girado gran parte del pensamiento de los filósofos hasta el siglo xx. Además de eso, es la ciencia que aporta los principios a las demás ciencias, por tanto, es la ciencia primera de la que se alimentan las otras ciencias, por ejemplo, la física, que también está incluida en el nombre de *metafísica*. Y por último, remite a la ciencia del ente supremo, o del ser supremo, y en ese sentido se entiende que es también teología, si a ese ente supremo o ser supremo lo llamamos Dios.

Pero para nuestro objetivo aquí, que es comprender el sentido de esas aproximaciones de Aristóteles sin necesidad de acudir a explicaciones técnicas y eruditas, es preciso tener en cuenta que están elaboradas en un mundo que ya no es el nuestro y que la idea de ser en cuanto que ser, como la de ciencia, o de principios, o de la física misma, o de la idea de Dios que habitualmente usamos, nada tienen que ver con las que tenía presente Aristóteles. Y en segundo lugar es preciso desacralizar, si se me permite la expresión, el halo de dificultad que suele acompañar a todo ello, porque en realidad tanto la física como la metafísica de Aristóteles, siendo cierto

que contienen razonamientos muy sutiles, poseen a la vez un grado de ingenuidad tal, que debidamente explicados, son accesibles a cualquiera, al menos tan accesibles como cualquier relato de una cultura de un pueblo originario de América, o incluso más si tenemos en cuenta que, más allá de las indudables sutilezas del filósofo, están construidas con materiales que todavía forman parte de nuestro sentido común y como tales al alcance de todos.

Por supuesto, Meta, o si se prefiere el metaverso que es el objeto de este ensayo, en apariencia no tiene mucho que ver con una ciencia, aunque depende de ella para su construcción, ni tampoco con los principios de la ciencia. Y, sin embargo, como decía al comienzo de este ensayo, hay un profundo acierto por parte de Zuckerberg en haber elegido ese nombre, porque la idea fundamental que trata de transmitirnos es una idea estrechamente relacionada con un lugar común de nuestra cultura. Para entenderla no es ni siquiera necesario acudir a la alta filosofía ni a estudios eruditos, y se parece más a lo que expresa un personaje muy conocido de la película *Toy Story*: «hasta el infinito y más allá». Esa frase resume en gran medida la tendencia dominante de nuestro mundo y de la modernidad, esa idea de un progreso continuo, de una acumulación interminable que afecta a la ciencia, la economía, la tecnología y la vida diaria de cada uno de nosotros. Esa idea de infinito, o más bien ese impulso más allá de cualquier límite, al margen de sus implicaciones en el ámbito de las matemáticas o de la filosofía, también parece hacer referencia a lo metafísico en esas acepciones de la Academia. Pero en el sentido en el que la usa Zuckerberg tiene precisamente la ventaja de formar parte también de nuestra vida cotidiana, de ese movimiento

permanente al que estamos sometidos los humanos del siglo XXI en el que se nos impulsa siempre al avance, a la acumulación, al crecimiento de lo individual y colectivo. Por ello, la veremos reaparecer a lo largo de este ensayo como expresión del metaverso no solo etimológicamente o en su sentido filosófico, sino también como algo común y ordinario que vivimos en la era del capitalismo afectivo, cuya primera expresión, en términos de red social, aparece descrita en *Fraudebook. Lo que la red social hace con nuestras vidas* (Serrano 2016).

Pero Meta guarda, además, una profunda relación con eso que se llamaba metafísica, no solo por esas acepciones de la RAE relativas a la sutileza, la oscuridad y la dificultad, sino también y sobre todo por las otras dos ideas implicadas en las definiciones aristotélicas: la que recae sobre el ser y la que recae sobre la idea de Dios. Por el término *ser*, entendido como sustantivo, el diccionario de la RAE nos ofrece cuatro acepciones. Nos interesan la primera, la segunda y la cuarta. En la primera, *ser* viene articulado en términos de esencia o naturaleza y se entiende que de algo o de todo; en la segunda, se menciona como algo creado, especialmente dotado de vida, y en la cuarta, como modo de existir. Adicionalmente el diccionario remite a la idea de ser supremo, que es la de Dios, pero sobre la que por ahora no diremos nada, aunque volveremos a ella en otro momento. De todas ellas la decisiva es la primera y es además las que nos va a abrir el camino al significado del «meta» de Zuckerberg y en último término a ese proyecto en el que en parte ya estamos, que es el metaverso.

Como decía, nuestro sentido común todavía sigue algo apegado a nociones del mundo aristotélico en muchos

sentidos y esa idea de que el ser es la naturaleza de una cosa la comprendemos todos intuitivamente, pero ese sentido de naturaleza que empleamos desde el sentido común tiene que ver con lo propio de algo, con lo que lo hace distinguible y lo identifica. En cambio, nuestra idea de la naturaleza en sentido amplio está ya bastante alejada de lo que Aristóteles entendía por esa palabra, es decir, de lo que era lo propio de la física y de la que dependía el contenido de su metafísica, como ciencia del ser y a la vez de los principios de la física. La naturaleza en Grecia, simplificando, era el fluir de las cosas, de la totalidad de las cosas, y por derivación, en la medida que era ese fluir y el origen mismo de ese fluir era también el principio explicativo. Cualquier estudiante de secundaria sabe que los primeros filósofos se llamaron *físicos* precisamente por eso, porque explicaban el movimiento a partir de principios materiales. Como esto no pretende ser un libro de filosofía simplificaré mucho las cosas diciendo que las sucesivas explicaciones que se fueron dando desde el agua, el aire, el fuego, como principio, se fueron haciendo cada vez más sutiles, más *metafísicas* según la RAE, hasta que finalmente Aristóteles, precisamente en la *Metafísica*, fue capaz de unificar todos esos proyectos explicativos en torno a una palabra que todavía hoy —en castellano y en otros idiomas modernos— se entiende como naturaleza o esencia de algo. Y habría que añadir que de algo particular o de todo, precisamente porque ese principio explicativo, el ser de algo, obedece a un principio interno que lo explica y que es su «razón de ser», tanto en cada ser particular como en la totalidad de los seres o del universo. Dicho de modo muy simple: el universo en su conjunto al igual que cada cosa poseen un principio explicativo último que es

naturaleza de cada cosa, pero que lo es también del mundo en su conjunto o del cosmos.

Por ello la metafísica explica ese principio interno, contiene los elementos, los descompone, por así decir, para comprender como se comportan todos los seres a partir de ese principio interno que lo es de cada cosa, pero también del conjunto. Ese es en último término el sentido de la metafísica: una explicación de por qué las cosas se mueven y por tanto también del mundo sin más como ese entorno cambiante en el que vivimos. Pero esa metafísica obedecía entonces a una física, a un modo de entender eso que hoy seguimos llamando naturaleza, o universo, o cosmos, la realidad, que no se explicaba mediante números como hacemos ahora, ni mediante leyes expresadas matemáticamente. Para simplificar podríamos decir que esa explicación obedecía a una especie de cuadro descriptivo que, más allá de la abstracción de la que surge el concepto mismo de «ser», se parece a un relato mítico de cualquier cultura ajena a la ciencia moderna, como la de los pueblos originarios de América con los que la comparaba anteriormente. O por decirlo de otro modo, era una ficción, pero no una ficción mediante personajes reconocibles como en los mitos, incluidos los griegos, sino una ficción conceptual. Conceptos como *ser*, causa, u otros más sutiles como acto y potencia, fin, sustancia, accidente, términos todos ellos que seguimos usando, son en efecto conceptos que debidamente entretejidos dan lugar a un texto que permitía explicar la realidad: la metafísica de Aristóteles y su física.

Pero se trata de una física y una metafísica que, de seguir vigentes hoy, no nos permitirían volar en un avión,

o viajar en un auto, o usar electrodomésticos, o comunicarnos a través del móvil o las redes sociales. Simplemente porque al tratarse de una explicación narrativa, de una especie de poema conceptual, no poseía las claves para manipular la naturaleza y operar sobre ella adecuadamente. Su explicación del movimiento dependía de ese relato y así, por ejemplo, entendía que el mundo estaba dividido en dos esferas, la supralunar y la sublunar, y que los movimientos en el mundo sublunar, que es el nuestro, dependían de la materia, concebida a partir de los cuatro elementos de la que estaba compuesto el cuerpo que se movía: si predominaba la tierra tendía hacia abajo, si el aire, hacia arriba, etc... Esa metafísica, esa explicación no pretendía tanto operar sobre la realidad, entre otras cosas porque no lo necesitaba en el modo en que nuestras sociedades lo necesitan, sino que más bien trataba de dar un sentido a esa realidad en su conjunto, lo mismo que hacen los mitos y las religiones. Y lo mismo que de algún modo intenta hacer la ciencia contemporánea que, hasta hace relativamente pocas décadas, seguía haciendo uso de viejas metáforas para explicar el resultado de sus ecuaciones y usa hoy recreaciones «artísticas» para expresar las complejas figuras del universo fruto de la física contemporánea, en realidad, operaciones matemáticas que funcionan, pero que no pueden ser objeto de intuición.

He utilizado la expresión *dar sentido*, o términos como relato, metáforas, ficción conceptual o mitos. Todos ellos tienen que ver con una función que parece caracterizar a los humanos vinculada al lenguaje y a la capacidad que tenemos de representar. El filósofo alemán Ernst Cassirer trató de explicar la condición humana y su modo de entender su relación consigo mismo y con el entorno con

lo que llamamos naturaleza, mediante lo que llamó la función simbólica. En su opinión esa capacidad de operar con símbolos era el modo en que procesamos lo que llamamos la realidad, una función simbólica cuya forma más abstracta estaría en las matemáticas propias de la ciencia que —a diferencia de los mitos, las religiones o la metafísica— ya no busca dar sentido sino solamente operar.

El desprecio moderno hacia la metafísica al que me he referido más arriba tiene sobre todo que ver con esa incapacidad de la vieja metafísica, o incluso de sus versiones más modernas, para manipular adecuadamente nuestro entorno; en definitiva, con su incapacidad para permitirnos operar sobre lo que llamamos aún naturaleza: volar en aviones, construir computadoras o teléfonos móviles. De algún modo cabría entender que esa ciencia de los principios, la metafísica, es comparable a un manual de instrucciones para entender y operar sobre eso que seguimos llamando naturaleza. Como manual tuvo validez cuando se trataba solo de «comprender», de saber «qué» era, pero dejó de tener validez cuando a partir de sus instrucciones era imposible navegar adecuadamente, construir artefactos, predecir fenómenos.

Ahora bien, la metafísica tal como la hemos descrito de forma sumaria en Aristóteles, en términos de una especie de manual de instrucciones para dar sentido a la investigación de las otras ciencias que incluían esa física descriptiva o cualitativa, no solo daba indicaciones para entender y dar sentido al entorno a lo que llamamos naturaleza sino también a otro territorio que nos importa especialmente a los humanos: lo que llamamos ética y política. Y lo hacía mediante esa herramienta simbólica

que dotaba de sentido además de explicar los movimientos. Esa función de dar sentido siguió vigente incluso más allá de que la explicación concreta de la física aristotélica dejara de serlo. Pero esa función simbólica quedó algo desfasada cuando en los siglos modernos surge lo que hoy llamamos ciencia, cuya primera culminación es la física de Newton. De algún modo podría entenderse la historia de la filosofía moderna como un intento constante de encontrar el manual de instrucciones alternativo por otro relato en torno a la realidad, por lo que hoy, en contraposición a lo digital, llamamos analógico: una representación analógica de la naturaleza. También la de Aristóteles lo era, pero la versión moderna de ese relato analógico tenía que ser compatible con la nueva ciencia, con una ciencia que ya no buscaba la naturaleza de las cosas, su esencia, su ser, sino que se contentaba con describir cómo se comportaba mediante cálculos y comprobaciones y que permitía manipularlas. Tenía que ser compatible con una nueva ciencia que es también una tecnología, con el operar propio de una ciencia que era ya tecnociencia, que mediante ecuaciones matemáticas construye modelos que se consideran verdaderos cuando funcionan. Desde el punto de vista de la representación esos modelos constituyen lo que Javier Echeverría, en una reelaboración de su teoría del tercer entorno, llama el conjunto vacío como representación matemática de la caverna, en referencia a la caverna platónica (2013, 75).

Eso ha sido la metafísica moderna en la que intervienen distintos personajes, el pensamiento del yo, la idea de extensión o de Dios rehabilitadas y reelaboradas por Descartes en el siglo XVII y que no nos interesan aquí. En ella la naturaleza ya no es entendida como un principio

interno, sino más bien como el resultado de lo que nosotros hacemos al manipular nuestro entorno. Los símbolos matemáticos sirven para operar, mientras que el lenguaje simbólico de la filosofía sirve para representar ese relato analógico que da cuenta de lo real. Toda la historia del pensamiento de Occidente se sirvió de esos elementos hasta fecha reciente, con interminables discusiones filosóficas en las que iban apareciendo nuevos personajes en ese relato conceptual, ese sujeto de Descartes, el sujeto transcendental de Kant, el espíritu absoluto de Hegel, la idea de voluntad en Schopenhauer, hasta que finalmente Nietzsche parece tomar conciencia de que todos esos conceptos eran, en efecto, ficciones.

A lo largo del siglo XX se alargaba una ya dilatada historia en torno a la crítica de lo metafísico, precisamente porque la ciencia era ajena a la metafísica y porque los sucesivos relatos alternativos que se fueron proponiendo fracasaban en su intento. Solo a fines del siglo se ha puesto fin a la necesidad de esos relatos que lo acompañan. Es lo que expresaron los llamados posmodernos al hablar del fin de los grandes relatos para expresar la inutilidad del entramado simbólico en torno a la realidad como un relato analógico. La tecnología parecía hacerlo innecesario. Hemos dejado de necesitarlo: el metaverso sustituye ese relato y ocupa el lugar de la metafísica. Esta es la hipótesis de este ensayo. Desaparece la necesidad de representar y dotar de sentido. El filósofo francés Jean Baudrillard, al abordar la hiperrealidad y el simulacro, hablaba ya de eso. La anticipación de Nietzsche sobre el nihilismo hablaba también de ese huésped que llamaba a la puerta. Ya está dentro de nuestras casas, en realidad está en nuestras manos, en nuestros teléfonos, en nuestros dispositivos.